









Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Ilustración de cubierta: David Rankine
Diseño de cubierta: Martín Gould y Valerio Viano

Título original:
The Thousandfold Thought (The prince of nothing. Book 3)
© Traducción: Ramon González Ferriz, 2007

Primera edición: septiembre de 2007

© R. Scott Bakker, 2006

© Scyla Editores, S. A., 2007
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S. A.
www.timunmas.com

ISBN: 978-84-480-3583-9
Preimpresión: Zero pre impresión, S. L.
Depósito legal: B. 37.607-2007
Impreso en España por Grup Balmes-AM



A Tina y Keith con amor

Al perseguir más allá lo que han perdido, encuentran sólo la nada que tienen. Para no perder contacto con la monotonía en la que, como realistas irremediables, se hallan en casa, adaptan el significado con que se deleitan en el sinsentido del que huyen. La magia sin valor no es nada más que la existencia sin valor que ilumina.

THEODOR ADORNO,
Minima Moralia

Todas las progresiones de un orden superior a un orden inferior quedan marcadas por ruinas y misterio y un residuo de ira sin nombre. Pues. Aquí están los padres muertos.

CORMAC MCCARTHY,
Meridiano de sangre





Agradecimientos

Pensar que empecé este viaje hace casi veinte años...

Si alguien me hubiera dicho entonces que en el verano de 2005 estaría terminando la serie Príncipe de nada, probablemente habría tosido y me habría salido la cerveza por la nariz. Pero aquí estoy, y tengo una larga lista de deudas para demostrarlo.

En primer lugar con mi esposa, Sharron, que me ha apoyado literalmente hasta el límite de la insolvencia. Soy mejor cuando ella está a mi lado.

Después, con los sospechosos habituales: mi hermano, Bryan Bakker, por el regalo de una segunda mirada; mi amigo Roger Eichorn, por el regalo de su segunda mirada; y mi agente Chris Lotts, por su honestidad y su perspicacia, ¡por no mencionar el raro bombazo de la undécima hora!

También quiero dar las gracias a Steve Erikson.

Mi familia y mis amigos, por consentir mi obsesión en una conversación tras otra. Joe Edmiston, por sus críticas en la pista de squash. Y mi vecino Mike Brown, por ayudarme a ver las diferencias entre misterio y oscuridad.

Pero la gente a la que más debo dar las gracias son los seguidores de la serie. Eso incluye a todo el mundo en www.three-seas.com y el foro de «otros autores» en sffworld.com. Los nombres que me vienen a la cabeza son: Jack Brown, Wil Horsley, Gary Wassner, White Lord, Dylanfanatic, Ainulindale, Mithfanion, Leiali, Texmex y, por supuesto, Saintjon. A través de innumerables conversaciones desde distintos lugares, todos habéis dejado vuestra huella.





Índice

La marcha final

Capítulo uno:	Caraskand	13
Capítulo dos:	Caraskand	39
Capítulo tres:	Caraskand	56
Capítulo cuatro:	Enathpaneah	81
Capítulo cinco:	Joktha	104
Capítulo seis:	Xerash	131
Capítulo siete:	Joktha	155
Capítulo ocho:	Xerash	174
Capítulo nueve:	Joktha	192
Capítulo diez:	Xerash	210
Capítulo once:	Sagrado Amoteu	232
Capítulo doce:	Sagrado Amoteu	252
Capítulo trece:	Shimeh	274
Capítulo catorce:	Shimeh	295
Capítulo quince:	Shimeh	314
Capítulo dieciséis:	Shimeh	352
Capítulo diecisiete:	Shimeh	403

Apéndices

<i>Glosario enciclopédico</i>	417
<i>Mapa de Eärwa</i>	522
<i>Mapa de los Tres Mares Occidentales</i>	524
<i>Mapa de la Ciudad Santa de Shimeh</i>	526





LA MARCHA FINAL







Capítulo uno

CARASKAND

Mi corazón se seca a medida que mi mente se crispa. Motivos: los busco desesperadamente. A veces pienso que cada palabra escrita ha sido escrita por vergüenza.

DRUSAS ACHAMIAN,
Compendio de la Primera Guerra Santa

Principios de primavera, año del Colmillo 4112, Enathpaneah

Hubo un tiempo en el que para Achamian el futuro era una costumbre, algo perteneciente al duro transcurrir de los días que pasaba trabajando sin descanso junto a su padre. Por la mañana le escocían los dedos y por la tarde le ardía la espalda. El pescado brillaba bajo el sol ardiente. El mañana se había convertido en el hoy, y el hoy en el ayer, como si el tiempo fuera poco más que grava en un barril iluminando para siempre lo que era lo mismo. Sólo esperaba lo que ya había soportado, estaba preparado sólo para lo que ya había sucedido. Su pasado había esclavizado a su futuro. Lo único que parecía haber cambiado era el tamaño de sus manos.

Pero ahora...

Sin aliento, Achamian cruzó el jardín situado en el tejado del complejo de Proyas. Era una noche clara. Las constelaciones brillaban contra la oscuridad: Uroris surgiendo por el este, Flail descendiendo hacia el oeste. Las cumbres que rodeaban el valle se alzaban en la distancia. Una profusión de



edificaciones azules iluminadas por antorchas dominaba el paisaje cercano. Gritos y murmullos surgían de las calles situadas más abajo, produciendo un sonido melancólico y alegre al mismo tiempo.

En contra de lo esperado, los Hombres del Colmillo habían vencido a los infieles. Caraskand volvía a ser de nuevo una gran ciudad inrithi.

Achamian se abrió paso entre un seto de enebros, enredando su capa en las ramas muertas. Hacía tiempo que el jardín se había secado, y durante los peores tiempos de la hambruna habían tenido que hurgar la tierra. Cruzó una alcantarilla cubierta de polvo pisando con fuerza y convirtiendo la alfombra de hierba en heno, se arrodilló y trató de recuperar el aliento.

El pescado se había terminado. Ya no le sangraban las palmas de las manos cuando cerraba los puños por la mañana. Y el futuro se había... precipitado.

—Soy —murmuró con los dientes apretados— un Maestro del Mandato.

El Mandato. ¿Cuánto tiempo hacía que no había hablado con ellos? Puesto que era él quien viajaba, suya era la responsabilidad de mantener el contacto. Los demás habrían considerado una negligencia incomprensible que no lo hiciera. Habrían pensado que estaba loco. Le habrían exigido cosas imposibles. Y entonces, el mañana...

El mañana siempre regresaba.

Cerró los ojos y recitó las primeras palabras. Cuando los abrió vio el pálido círculo de luz que proyectaban sobre sus rodillas, las sombras de la hierba combada entre más hierba. Un escarabajo se afanaba por alejarse, enloquecido por escapar del aspecto hechicero de Achamian. Éste continuó hablando, con el alma abierta a los sonidos, alentando las abstracciones, pensamientos que no eran suyos, significados procedentes de los confines del mundo. De pronto, el suelo pareció hundirse; ya no existía el aquí, sino otro lugar. El escarabajo, la hierba, incluso Caraskand habían desaparecido.

Probó el frío y húmedo aire de Atyersus, la gran fortaleza de la Escuela del Mandato, a través de los labios de otro... «Nautzera.»

El olor a agua salada y a podredumbre le hizo vomitar. Las olas rompieron. Negras aguas se agitaban bajo un cielo oscuro. Las golondrinas pedían en la distancia como milagros.

«No... aquí no.»

Conocía aquel lugar lo suficiente para que el terror le vaciara los intestinos. El hedor le hizo sentir náuseas; se cubrió la boca y la nariz y se volvió hacia las fortificaciones... Estaba en lo más alto de un andamiaje de madera. Un sudario de cadáveres se extendía ante él hasta donde le alcanzaba la vista.



«Dagliash.»

Desde la base de los muros hasta las almenas, las murallas de la fortaleza que se alzaban ante el mar estaban cubiertas de miles de personas clavadas; sus cadáveres se encontraban por todas partes: un guerrero de melena rubia abatido en la flor de la vida aquí, un niño clavado a la pared por la boca más allá. Habían extendido redes de pesca sobre los cadáveres, posiblemente para que no se deslizaran pared abajo, supuso Achamian. La malla se abombaba y colgaba en la base del muro por la acumulación de cráneos y otros restos humanos. Innumerables golondrinas, cuervos e incluso algunos alcatraces revoloteaban y se abalanzaban sobre el macabro rompecabezas. Achamian parecía recordar a la mayoría de ellos.

Había soñado con ese lugar muchas veces. El Muro de los Muertos, en el que Seswatha había sido clavado, tras su captura en la caída de Trysë, para gloria del Consulto.

Nautzera colgaba junto a él, sujeto mediante clavos que atravesaban sus muslos y antebrazos, sin otra prenda que el Collar Agónico alrededor de la garganta. Parecía levemente consciente.

Achamian se cogió las manos temblorosas y se las apretó hasta vaciarlas de sangre. Dagliash había sido tiempo atrás una importante atalaya que controlaba las tierras yermas, entre Agongorea y Golgotterath, desde sus torretas defendidas por los despiadados hombres de Aörsi. Ahora no era más que un episodio de la ruina del mundo. Aörsi estaba muerto, sus gentes se habían extinguido y las grandes ciudades de Kûniüri eran poco más que cascarones vacíos. Los nohombres habían huido a sus refugios de las montañas, y las naciones Norsirai –Eämnor y Akksersia– luchaban por sus vidas.

Habían transcurrido tres años desde el advenimiento del No Dios. Achamian sentía cómo se aproximaba por el extremo occidental del horizonte. Era una sensación de condena.

Una ráfaga húmeda y fría lo zarandeo.

«Nautzera, ¡soy yo! Ach...»

Un grito desgarrador le obligó a detenerse. Acucillado, aunque sabía que no podía sufrir ningún daño, escudriñó el lugar del que procedía el sonido. Se cogió a la madera manchada de sangre.

En otra parte del andamiaje, más abajo, un bashrag se inclinaba sobre una sombra. Tenía, por todo su enorme cuerpo, lunares del tamaño de un puño poblados de abundante pelo largo y negro. En cada una de sus horrendas mejillas había una rudimentaria cara. Inesperadamente, e incorporándolo-



se sobre sus piernas –cada una de las cuales constaba de otras tres piernas unidas, y cada brazo de tres brazos–, levantó la pálida figura de un hombre que colgaba de un clavo tan largo como una lanza. Durante un momento, el desdichado pateó en el aire como un niño; a continuación, el bashrag lo colocó contra las carcasas de los cadáveres. Empuñando un enorme martillo, el monstruo empezó a golpear el clavo en busca de algún agujero inadvertido. Se oyeron nuevos gritos que rasgaron las cumbres. El bashrag, extasiado, hizo castañetear los dientes.

Inmóvil, Achamian vio al bashrag levantando un segundo clavo a la altura de la pelvis del desgraciado. Los gemidos se convirtieron en gritos. En ese momento cayó una sombra sobre el hechicero.

–Angustia –dijo una voz profunda, tan cercana como un susurro al oído.

Brusca y repentina inhalación. El gusto del aire templado de Caraskand.

Durante un instante, al intentar recordar el verdadero orden del mundo, a Achamian le falló la memoria. Vislumbró las cumbres del Toro contra el cielo estrellado. Allí estaba Mekeritrig, sobre él, mirando a Nautzera, que estaba colgado, rojo y vivo, entre bocas abiertas y extremidades flácidas.

–Angustia y degradación –continuó el nohombre con una voz de tono inhumano–. ¿Quién pensaría, Seswatha, que en estas palabras podría encontrarse la salvación?

Los gestos y el atuendo de Mekeritrig eran los de los nohombres Ishroi; llevaba las manos cogidas a la espalda y vestía una capa de puro damasco negro sobre una armadura grabada con círculos de cráneos entrelazados. Cadenas nimil seguían los pliegues de la capa hasta el suelo.

–Salvación... –dijo Nautzera jadeando con la voz de Seswatha. Alzó la mirada hacia el príncipe nohombre–. ¿Ha habido algún progreso hasta ahora, Cet'ingira? ¿Tan poco recuerdas?

Un estremecimiento de terror afeó los perfectos rasgos del nohombre. Sus pupilas se habían empequeñecido como el trazo de una pluma. Después de practicar la hechicería durante milenios, los Quya llevaban una Marca mucho más profunda que la de cualquier maestro, como añil comparado con agua. A pesar de su belleza sobrenatural, a pesar de la blancura de porcelana de su piel, parecían heridos por el rayo, ennegrecidos y marchitos, un montón de cenizas animadas y extintas al mismo tiempo. Se decía que algunos estaban tan profundamente marcados que no podían acercarse a determinada distancia de un Choraie sin dar un respingo.

–¿Recuerdas? –dijo Mekeritrig con un gesto lastimero y majestuoso al



mismo tiempo—. Pero he levantado una muralla... —Como si quisiera dar más énfasis a sus palabras, el sol brilló sobre el muro calentando a los muertos con su luz rojiza.

—¡Una obscenidad! —espetó Nautzera.

Las redes ondeaban sobre los cadáveres clavados a la muralla. A su derecha, cerca de donde se curvaba el muro y desaparecía de su vista, Achamian vislumbró un brazo muerto que se movía hacia atrás y adelante como si quisiera avisar de la aproximación de un barco inadvertido.

—Como todos los monumentos y las construcciones conmemorativas —dijo Mekeritrig inclinando su mejilla hacia su hombro derecho, el gesto de asentimiento de los nohombres—, ¿qué son, sino prótesis que proclaman nuestra impotencia, nuestra debilidad? Puede que viva por siempre, pero lo que he vivido es mortal. Tu sufrimiento, Seswatha, es mi salvación.

—No, Cet'ingira... —Oír la voz forzada de Seswatha llenaba a Achamian de un dolor que le afloraba las lágrimas a los ojos—. Tiene que ser así. He leído las viejas crónicas. Estudié los grabados en los Altos Salones Blancos antes de que Celmomas ordenase que se suprimiese tu imagen. Fuiste grande en el pasado. Estuviste entre los que nos levantaron, entre los que hicieron de los Norsirai los primeros entre todas las tribus. ¡Nunca fuiste esto, mi príncipe! ¡Nunca lo fuiste!

De nuevo el extraño gesto de asentimiento. Una única lágrima corrió por su mejilla.

—Ésa es la razón, Seswatha, ésa es.

Un corte cicatrizado allí donde se desvanecía una caricia. En ese simple hecho radicaba la verdad trágica y catastrófica de los nohombres. Mekeritrig había vivido cien vidas, ¡más! ¿Cómo debía ser, se preguntaba Achamian, que todo recuerdo redentor —fuera el tacto de una amante o el cálido grito de un niño— quedara emborronado por la acumulación de angustia, terror y odio? Para comprender el alma de un nohombre, había escrito en una ocasión el filósofo Gotagga, uno sólo tenía que descubrir la espalda de un esclavo viejo y arrogante. Cicatrices. Cicatrices y más cicatrices. Eso era lo que les volvía locos. A todos.

—Soy un Errático —dijo Mekeritrig—. Hago lo que odio, ¡elevo mi corazón al látigo para poder así recordarlo! ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Sois mis hijos!

—Tiene que haber otra manera —dijo Nautzera jadeando.

El nohombre bajó la calva cabeza, como un hijo vencido por el remordimiento ante su padre.



—Soy un Errático... —Cuando levantó la mirada las lágrimas brillaban en sus mejillas—. No hay ninguna otra manera.

Nautzera se revolvió contra los clavos que le atravesaban los brazos y gritó dolorido:

—¡Entonces mátame!

—Pero tú lo sabes, Seswatha.

—¿El qué? ¿Qué es lo que sé?

—Dónde se encuentra la Lanza de la Garza.

Nautzera le miró con los ojos horrorizados y los dientes apretados, agonizante.

—Si lo supiera, tú serías el que estaría aquí clavado y yo sería el que te estaría torturando.

Mekeritrig le golpeó con una ferocidad que sobresaltó a Achamian. Unas gotas de sangre se deslizaron pared abajo.

—Te destriparé hasta tus cimientos —dijo el nohombre—. ¡Aunque amo, llegaré hasta los fundamentos de tu alma! Te liberaré del engaño que encierra la palabra «hombre» y sacaré a la bestia, ¡la bestia sin alma!, que es la Verdad aulladora de todas las cosas... ¡Me lo dirás!

El anciano tosió y escupió sangre.

—Y yo, Seswatha, ¡me acordaré!

Achamian vislumbró los dientes entrelazados del nohombre. Los ojos de Mekeritrig brillaban como lanzas de sol. En cada uno de los extremos de sus dedos aparecieron círculos abrasadores de color naranja, hirviendo y burbujeando. Achamian reconoció el Canto inmediatamente, una variante quya de las Ligaduras de Thawa. Mekeritrig sujetó la frente de Seswatha con las ardentísimas palmas de las manos y entretejió ambos cuerpos y almas.

Nautzera gritó con voces que no eran suyas.

—Shhh... —susurró Mekeritrig agarrando firmemente la mejilla del viejo hechicero y secando las lágrimas con el pulgar—. Silencio, niño...

Nautzera no podía más que jadear y convulsionarse.

—Por favor —dijo el nohombre—. Por favor, no llores...

Y Achamian gritó «¡Nautzera!». No podía ver aquello otra vez, no, no después de los Chapiteles Escarlata. «¡Sueñas Nautzera! ¡Sueñas!»

El Gran Dagliash permaneció mudo. Las golondrinas y los cuervos revoloteaban junto a ellos. Los muertos miraban ausentes al mar estruendoso.

Nautzera apartó la mirada de la palma de la mano de Mekeritrig y contempló a Achamian entre arcadas, arcadas de aire gélido:





–Pero tú estás muerto –dijo jadeando.

«No –dijo Achamian–. Sobreviví.»

El andamiaje, la muralla, el hedor a podredumbre y el estridente coro de pájaros carroñeros habían desaparecido. También Mekeritrig. Achamian estaba en mitad de ninguna parte, sin aliento por la imposibilidad de la transición.

«¿Cómo es que estás vivo? –gritaba Nautzera en sus pensamientos–. ¡Nos dijeron que los Chapiteles te habían cogido!»

«Yo...»

«¿Achamian? ¿Akka? ¿Va todo bien?»

¿Por qué se sentía tan pequeño? Había tenido motivos para mentir...

Motivos.

«Yo...Yo.»

«¿Dónde estás? Enviaremos a alguien a por ti. Todo ira bien. ¡Nos vengaremos!»

¿Preocupación? ¿Compasión por él?

«No, Nautzera. No lo entiendes.»

«¡Mi hermano ha sido ofendido! ¿Qué más debo saber?»

Un instante de enloquecida ingravidez.

«Te mentí.»

A continuación un oscuro silencio, a la vez perfecto y estentóreo por cosas inaudibles.

«¿Mentiste? ¿Estás diciendo que los Chapiteles no te cogieron?»

«No, es decir, ¡sí! Me cogieron y me escapé.»

En la oscuridad destellaron imágenes de la locura de Iothiah. Iyokus y sus desapasionados tormentos. La ceguera de Xinemus. El muñeco wathi y el endiosado ejercicio de la Gnosis.

Los hombres recordados gritaron.

«Sí, ¡hiciste bien, Achamian! ¡Digno de ser escrito! ¡Inmortalizado en nuestros anales! Pero ¿por qué dices que mentiste?»

«Hay... Hay algo –su cuerpo en Caraskand tragó saliva– que te he ocultado a ti y a los demás.»

«¿Algo?»

«Ha regresado un Anasûrimbor.»

Una larga pausa extrañamente estudiada.

«¿Qué estás diciendo?»

«Ha venido el Heraldo, Nautzera. El mundo va a acabarse.»



«El mundo va a acabarse.»

Cualquier frase que se repitiera con la frecuencia suficiente, incluso aquélla, perdía parte de su significado, razón por la cual, sabía Achamian, Seswatha había maldecido a sus seguidores con la impronta de su alma destrozada. Pero ahora, confesándose a Nautzera, parecía que nunca antes hubiera pronunciado esas palabras.

Quizá nunca quiso decir lo que significaban. Sin duda no así.

Nautzera estaba demasiado estupefacto para que su reconocimiento de que les había traicionado le enfureciera. Una perturbadora vacuidad había cercado el tono de su Otra Voz, incluso una premonición de senilidad. Sólo más tarde comprendería Achamian que el viejo estaba aterrorizado; que, como él mismo sólo unos meses antes, había temido no ser capaz de estar a la altura de los acontecimientos que se presentaban ante él.

El mundo va a acabarse.

Achamian empezó describiendo su primer encuentro con Kellhus, aquel día, junto a las murallas de Momemn, cuando Proyas le llamó para que echara un vistazo al scylvendio. Describió el intelecto de aquel hombre e incluso explicó sus avances con la lógica de Ajencis como prueba de su inteligencia sobrenatural. Narró el inexorable ascenso de Kellhus en la Guerra Santa de acuerdo con lo que él mismo había presenciado y había sabido gracias a Proyas. Al parecer, Nautzera había oído de algunos informantes de la corte imperial que un hombre que aseguraba ser un profeta había ganado prominencia entre los Hombres del Colmillo, pero el nombre de Anasûrimbor se había convertido en Nasurius antes de llegar a Atyersus. Lo habían desestimado como una simple artimaña fanática más.

Después, Achamian describió todo lo que había sucedido en Caraskand: la llegada de los Padirajah, el sitio y el hambre, la creciente tensión entre los Ortodoxos y los Zaudunyani, la condena de Kellhus como Falso Profeta y, finalmente, la revelación bajo el Umiaki de oscuras ramas, donde Kellhus se confesó a Achamian tal como Achamian lo hacía ahora.

Se lo dijo todo a Nautzera, excepto lo de Esmenet.

«Después de ser liberado, incluso los Ortodoxos más rencorosos se arrojaron ante él, pero ¿cómo no iban a hacerlo? El duelo del scylvendio con Cutias Sarcellus —el Primer Caballero-Comandante, ¡un espía-piel!— y su victoria demostraron que los demonios —¡los demonios!— deseaban la muerte del Profeta Guerrero. Fue exactamente como dice Ajencis: Los hombres hacen de la corrupción una prueba de pureza.»



Hizo una pausa y la parte más malhumorada que había en él comprendió que Nautzera no había leído nunca a Ajencis.

«Sí, sí», dijo el viejo hechicero con muda impaciencia.

«Después de aquello se apoderó de ellos como la fiebre. De pronto, la Guerra Santa estaba más unida que nunca. Todos los Grandes Nombres, a excepción de Conphas, se arrodillaron ante él, le besaron las rodillas. Gotian lloró y ofreció su pecho desnudo a la espada de Anasûrimbor. Después marcharon. ¡Qué visión, Nautzera! Tan grande y terrible como cualquiera de nuestros Sueños. Privados de comida. Enfermos. Salieron por las puertas arrastrando los pies: hombres muertos llevados a la guerra...»

Imágenes de guerreros deshechos parpadearon en la oscuridad. Espadachines demacrados con armaduras destrozadas. Caballeros a lomos de monturas esqueléticas. El basto estandarte del Circunfijo restallando al aire.

«¿Qué sucedió?»

«Lo imposible. Ganaron la batalla. ¡No había quien les parase! Todavía no puedo creerlo.»

«¿Y el Padirajah? —preguntó Nautzera—. Kascamandri. ¿Qué se hizo de él?»

«Lo mató el Profeta Guerrero con sus propias manos. Ahora se están preparando para marchar sobre Shimeh y los cishaurim. No queda nadie que pueda barrarles el paso, Nautzera. ¡Sí, han vencido!»

«Pero ¿por qué? —preguntó el viejo hechicero—. Si Anasûrimbor Kellhus sabe del Consulto, si también él cree que el Segundo Apocalipsis está próximo, ¿por qué iba a continuar con esa guerra insensata? Quizá dijo lo que dijo para engañarte. ¿Lo has pensado?»

«Él los ve. Incluso ahora continúan las purgas. No... Yo le creo.»

Después de la muerte de Sarcellus, más de una docena de hombres de rango y privilegio habían simplemente desaparecido, dejando a sus vasallos atónitos y entregando incluso a los más fanáticos de los Ortodoxos al Profeta Guerrero. Tras el derrocamiento del Padirajah, Caraskand fue saqueada, pero por lo que Achamian sabía, sólo dos de las abominaciones habían sido encontradas y... exorcizadas.

«¡Es... extraordinario, Akka! Lo que dices... ¡Muy pronto los Tres Mares crearán!»

«O eso o arderán.»

Pensar en la consternación e incredulidad con que pronto se recibiría a los emisarios del Mandato producía una lúgubre satisfacción. Durante siglos habían sido el hazmerreír. Durante siglos habían soportado toda clase de



menosprecios, incluso los insultos que el jnan reserva a los más desdichados. Pero ahora... La vindicación era un potente narcótico. Circularía por las venas de los Maestros del Mandato durante algún tiempo.

«Sí –exclamó Nautzera–. Precisamente por eso no debemos olvidar lo que es importante. No es fácil disuadir al Consulto. Intentarán matar a ese Anasûrimbor, de eso no hay duda.»

«No hay duda», respondió Achamian, que por alguna razón nunca había pensado en la posibilidad de que se produjeran más intentos de asesinato.

«Lo cual significa –prosiguió Nautzera– que tienes que hacer todo lo que esté en tu mano para protegerle. ¡No debe sufrir ningún daño!»

«El Profeta Guerrero no necesita mi protección.»

Nautzera hizo una pausa.

«¿Por qué le llamas así?»

Porque no parecía haber otro nombre que estuviera a su altura. Ni siquiera el de Anasûrimbor. Pero algo, quizá una profunda indecisión, hizo que no respondiese.

«Achamian, ¿crees realmente que ese hombre es un profeta?»

«No sé lo que creo. Han sucedido demasiadas cosas.»

«¡No es momento de sentimentalismos estúpidos!»

«Tú no le has visto, Nautzera.»

«No... Pero le veré.»

«¿Qué quieres decir?» ¿Iba a ir hasta allí su hermano Maestro? La idea inquietó a Achamian. La idea de que otros Maestros del Mandato pudiesen ser testigos de su...

... humillación.

Pero Nautzera ignoró la pregunta.

«Y ¿qué está haciendo nuestra Escuela prima, los Chapiteles Escarlata, al respecto?» Había una nota de sarcástica hilaridad en su tono que parecía forzada.

«En el Consejo, Eleäzaras parece un hombre cuyos hijos acabasen de ser vendidos como esclavos. No se atreve ni a mirarme, no digamos ya a preguntarme sobre el Consulto. Ha oído hablar de la destrucción que causé en Iothiah. Creo que me tiene miedo.»

«Tarde o temprano irá a por ti, Achamian.»

«Pues que venga.»

Cada noche se abrían los libros de cuenta y se pedía a los deudores que pagasen. Habría enmiendas.



«Aquí no hay lugar para la venganza. Tienes que tratarle como a un igual y comportarte como si nunca te hubiesen secuestrado, como si nunca te hubiesen humillado... Entiendo tus ansias de castigo, pero es mucho lo que está en juego, y eso está por encima de cualquier otra consideración, ¿lo comprendes?»

¿Qué tenía que ver la comprensión con el odio?

«Lo entiendo perfectamente, Nautzera.»

«Y respecto a Anasûrimbor, ¿qué piensan Eleázaras y los demás de él?»

«Quieren que sea un fraude, eso lo sé. Pero no sé qué piensan de él.»

«Tienes que dejarles claro que Anasûrimbor es nuestro, Achamian. Tienes que decirles que lo que sucedió en Iothia es una nimiedad comparado con lo que sucederá si intentan cogerle.»

«Al Profeta Guerrero no se le puede coger. No, está por encima de eso. —Achamian se detuvo, tratando de mantener la calma—. Pero se le puede comprar.»

«¿Comprarle? ¿Qué quieres decir?»

«Quiere la Gnosis, Nautzera. Es uno de los Escogidos, y si se la niego, temo que recurra a los Chapiteles Escarlata.»

«¿Uno de los Escogidos? ¿Cuánto hace que lo sabes?»

«Un tiempo...»

«¡Y no dijiste nada! Achamian, Akka... Tengo que estar seguro de que puedo confiar en ti en este asunto.»

«¿Como confíe yo en ti en el asunto de Inrau? »

Se produjo una larga pausa llena de culpabilidad y acusación. En la oscuridad, a Achamian le pareció que veía al chico mirando a su profesor con miedo y aprensión.

«Aquello fue desafortunado —dijo Nautzera—, pero los acontecimientos me han dado la razón, ¿no crees?

«Sólo te lo diré esta vez —dijo Achamian—. ¿De acuerdo?

»¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Durante cuánto tiempo podrá librar dos guerras, una con el mundo y otra contra sí mismo?»

«¡Necesito saber que puedo confiar en ti!»

«¿Qué quieres que te diga? ¡No has conocido al hombre! Hasta entonces no podrás saberlo.»

«¿Saber qué?»

«Que él es la única esperanza del mundo. Créeme, Nautzera, es más que una simple señal, y será más que un hechicero, ¡mucho más!»



«¡Reprime tus pasiones! Debes verle como un instrumento, un instrumento del Mandato, ni más ni menos. ¡Debemos tenerle!»

«Y si el precio por tenerlo es la Gnosis, ¿qué haremos entonces?»

«La Gnosis es nuestro martillo. ¡Nuestro! Sólo rindiendo...»

«¿Y los Chapiteles? ¿Y si Eleázaras le ofrece la Anagogis?»

Vacilación, ambos coléricos y exasperados.

«¡Es una locura! ¿Un Profeta enfrentando a una escuela contra otra por el bien de la hechicería? ¿Un Profeta-Mago? ¿Un chamán? »

Aquella palabra forzó el silencio, un silencio lleno del hervor etéreo que enmarcaba las conversaciones como aquella, como si el peso del mundo arremetiese contra su imposibilidad. Nautzera tenía razón. Las circunstancias eran demenciales, pero ¿le perdonaría a Achamian la locura que encerraba la tarea que tenía ante sí? Con palabras educadas y sonrisas diplomáticas, Achamian tenía que cortejar a los que le habían torturado. Incluso más: tenía que ganarse a un profeta, al hombre que le había robado su único amor... Achamian dominó la furia que brotaba de su corazón. En Caraskand, dos lágrimas gemelas brotaron de sus ojos sin vista.

«¡De acuerdo, pues! –gritó Nautzera en tono desconcertantemente grave–. Los otros me despellejarán por esto. Dale los Cantos Menores y cosas por el estilo. Engañaile haciéndole creer que le has confiado nuestros secretos más profundos.»

«Todavía no lo entiendes, ¿verdad Nautzera? ¡Al Profeta Guerrero no se le puede engañar!»

«Se puede engañar a todos los hombres, Achamian, a todos.»

«¿He dicho yo que sea un hombre? ¡Todavía no le has visto! No hay nadie como él, Nautzera. ¡Estoy harto de repetirlo!»

«Sin embargo, tienes que ganártelo. Nuestra guerra depende de ello. ¡Todo depende de ello!»

«Debes creerme, Nautzera. Ese hombre está por encima de nuestra capacidad de poseerle. Él...»

Por su mente pasó la imagen de Esmenet, espontánea, cautivadora.

«Él posee.»

Las colinas estaban cubiertas de las hordas del enemigo y los Hombres del Colmillo se regocijaban, pues su hambre no tenía parangón. Sacrificaron vacas para el festín y quemaron toros en ofrenda a Gilgaöl, de corazón de pedernal, y los demás Cien Dioses. Bebieron hasta que la inconsciencia se





apoderó de ellos. Muchos se encontraban arrodillados ante los estandartes del Circunfijo que los jueces habían dispuesto allí donde se congregaban los hombres. Gritaban a la imagen; gritaban de incredulidad. Cuando se cruzaban con grupos de soldados en la oscuridad espetaban: «¡Nosotros! ¡Nosotros somos la furia de Dios!», en la jerga del campamento. Entrelazaban sus brazos sabedores de que llevaban el recuerdo de sus hermanos, pues juntos habían mantenido la cara en el horno. Ya no había más Ortodoxos ni Zaudunyani.

De nuevo eran inrithi.

Los conriyanos, utilizando tinta robada a los kianene, se tatuaban círculos cruzados por una X en la parte interior del antebrazo. Los thunyerios y los tydonnios, con cuchillos calentados al fuego, se marcaban la espalda con representaciones de los tres Colmillos, uno por cada una de las grandes batallas, a la manera de los scylvendios. Los galeoth y los ainonios también adornaban sus cuerpos con alguna marca de su transformación. Sólo los nansur se abstuvieron de hacerlo.

Un grupo de agmundr descubrió el estandarte del Padirajah en las colinas y se lo llevó inmediatamente a Saubon, que les recompensó con trescientos akales kianene. En una ceremonia improvisada en el palacio de Fama, el príncipe Kellhus hizo cortar la seda del poste de fresno y extenderla delante de su silla. Puso sus sandalias sobre la imagen, que podía haber sido la de un león o un tigre y declaró: «¡Todos sus símbolos, todos los distintivos sagrados de nuestros enemigos deben ser puestos bajo mis pies!».

Durante dos días, los fanim cautivos trabajaron en el campo de batalla, amontonando a sus familiares muertos en pilas junto las murallas de Caraskand. Innumerables aves carroñeras –milanos, grajas, cigüeñas y grandes buitres del desierto– les acosaban y a menudo ennegrecían el cielo, como si se tratara de langostas. A pesar de la abundancia, se peleaban como gaviotas por el pescado.

Los Hombres del Colmillo continuaban divirtiéndose, aunque muchos cayeron enfermos, y alrededor de un centenar murieron de tanto comer tras haber pasado hambre durante mucho tiempo, según los sacerdotes-médicos. Cuatro días después de la batalla de los campos de Tertae formaron largas hileras con los cautivos, desnudos para hacer más manifiesta su humillación. Cargaron a los fanim con el botín del campamento y del campo de batalla: cofres de oro y plata, sedas de Zeümi, armas de acero de Nenciphon y aceites y ungüentos de Cingulat. A continuación se les condujo por la ciudad



con látigos y mayales, cruzando la Puerta de los Cuernos hacia Kalaul, donde fueron recibidos con júbilo y abucheos.

Allí se les condujo hasta el árbol negro, el Umiaki, donde el Profeta Guerrero se sentaba en un sencillo taburete a la espera de sus súplicas. Los que se arrodillaron y maldijeron a Fane fueron llevados como perros a las naves destinadas al transporte de esclavos. A los que no lo hicieron se les mató allí mismo.

Cuando todo hubo terminado y el sol carmesí se ocultaba tras las oscuras colinas, el Profeta Guerrero se levantó de su asiento y se arrodilló entre la sangre de sus enemigos. A continuación pidió a su gente que se acercara y trazó con sangre fanim la marca del Colmillo en la frente de cada uno de ellos.

Incluso los más viriles lloraron de asombro.

«Esmenet es su...»

Como todos los pensamientos horribles, éste tenía su propia voluntad. Se iba y volvía a su conciencia, a veces restrictivo, a veces frío y en calma. El pensamiento parecía viejo y familiar, y tenía la urgencia de las cosas que uno recuerda demasiado tarde. Era a la vez un llamamiento estridente a las armas y una dolorosa admisión de futilidad. No sólo la había perdido, sino que se había ido con él.

Era como si su alma sólo tuviera dedos para ciertas cosas, para ciertas dimensiones. Y el hecho de su traición era sencillamente demasiado doloroso.

«¡Viejo idiota!»

Su llegada al Palacio de Fama había dejado profundamente desconcertados a los funcionarios Zaudunyani. Lo trataban con deferencia —era el antiguo profesor de su maestro—, pero había también temor en sus maneras, un temor inquieto. Si hubiesen actuado de forma sospechosa, Achamian habría atribuido su reacción a su naturaleza de hechicero. Después de todo, eran hombres religiosos. Pero no parecían estar más turbados por él de lo que podrían estarlo por sus propios pensamientos. Le conocían, pensó Achamian, de la misma forma en que cualquiera conoce a otros de los que se burla en privado. Y ahora que se encontraba frente a ellos —él, que tendría un papel importante en las escrituras que sin duda se derivarían de todo aquello— estaban consternados por su propia impiedad.

Naturalmente, sabían que era un cornudo. A esas alturas, las historias de cualquiera que hubiese compartido el pan o el fuego con Xinemus eran ya



conocidas de una forma más o menos distorsionada. Ya ninguna intimidad era secreta. Y su historia en particular —la del hechicero que quería a la puta que se convirtió en la Profeta Consorte— sin duda había corrido de boca en boca multiplicando su vergüenza.

Mientras esperaba a que se pusiera en marcha la maquinaria oculta de mensajeros y secretarios que debían transmitir su petición, Achamian deambuló por el patio adjunto, atribulado por otras inmensidades que enmarcaban sus circunstancias del momento. Aunque no hubiera Consulto, ni amenaza de Segundo Apocalipsis, comprendía que nada sería igual. Kellhus cambiaría el mundo. No a la manera en que lo habían hecho Ajencis o Triamis, sino a la manera de Inri Sejenus.

Aquél era el Año Uno, comprendió Achamian. Una nueva era de hombres.

Caminó desde la fresca sombra del pórtico hasta el vigorizante sol de la mañana. Durante un momento permaneció frente al brillo del mármol rosa y blanco contemplando las jardineras de barro del patio, cuya tierra había sido removida recientemente y replantada con azucenas y agave, flores salvajes sustraídas de algún lugar fuera de las murallas. Vio a tres hombres —que debían de estar en su misma situación, pensó— que conversaban en voz baja al otro lado del patio, y pensó en la rapidez con que la situación se había calmado y vuelto a la normalidad. La semana anterior, Caraskand había sido un lugar de desolación y miseria; ahora, casi creía que estaba esperando para ser recibido en audiencia en Momemn o Aöknyssus.

Incluso los estandartes —rollos blancos de seda dispuestos a lo largo de las columnatas— hablaban de una extraña continuidad; daba la sensación de que nada había cambiado, de que el Profeta Guerrero había estado siempre allí. Achamian observó el estilizado perfil de Kellhus bordado en negro sobre el tejido, con las piernas y los brazos extendidos, dividiendo el círculo en cuatro segmentos iguales. El Circunfijo.

Una fresca brisa llegaba hasta el patio y movía un pliegue a lo largo de la imagen, como una serpiente reptando bajo las sábanas. Alguien, dedujo Achamian, debía de haber empezado a coser el bordado incluso antes de la batalla.

Fueran quienes fuesen, se habían olvidado de Serwë. Parpadeó para alejar las imágenes de su vínculo con Kellhus y el anillo. Aunque bajo el Umia-ki todo estaba oscuro, creyó haber visto su cara arqueada hacia atrás en un gesto de rigor y éxtasis...



«Él es como dijiste –confesó Kellhus aquella noche–. Tsuramah. Mog-Pharau...»

–Maestro Achamian.

Sorprendido, Achamian se volvió y vio que un oficial con indumentaria verde y oro se dirigía hacia él. Como todos los Hombres del Colmillo, era delgado y adusto, pero no estaba tan cadavérico como los que había fuera del palacio de Fama. El hombre se arrodilló a los pies de Achamian y le habló al suelo con marcado acento galeoth.

–Soy Dun Heörsa, Capitán-Escudo de los Cien Pilares. –Cuando alzó la mirada, había poca cortesía en sus ojos y quizá un exceso de servilismo–. Me ha indicado que te lleve a su presencia.

Achamian tragó saliva y asintió.

«Él...»

El hechicero siguió al oficial por la penumbra de los pasillos perfumados.

«Él. El Profeta Guerrero.»

Sintió un cosquilleo en la piel. De entre todo el mundo, de entre todos los innumerables hombres diseminados por todas las innumerables tierras, él, Anasûrimbor Kellhus, se encontraba en íntima comunión con el Dios, ¡el Dios! ¿Y cómo podría ser de otra manera, cuando sabía lo que ningún otro hombre podía saber, cuando hablaba de lo que ningún otro hombre podía hablar?

¿Quién podía culpar a Achamian por su incredulidad? Era como sostener una flauta en medio del viento y escuchar su melodía. Parecía estar más allá de lo creíble...

Un milagro. Un profeta entre ellos.

«Respira cuando hables con él. Debes acordarte de respirar.»

El Capitán-Escudo no dijo nada mientras proseguían su camino. Miraba hacia adelante, fiel a la misteriosa disciplina que parecía caracterizar a todo el mundo en aquel lugar. En el suelo, en distintos lugares, se habían dispuesto alfombras ornamentadas; el sonido de los pasos se desvanecía al pasar sobre ellas.

A pesar de los nervios, Achamian agradecía aquel silencio. Le pareció que nunca había experimentado tal cúmulo de pasiones contradictorias. Odio por el rival imposible, por el fraude que le había despojado de su hombría, de su esposa. Amor por el viejo amigo, por el alumno que al mismo tiempo fue su maestro, por la voz que había alentado su alma con innumerables percepciones. Miedo por el futuro, por la codiciosa locura que estaba a pun-



to de descender sobre ellos. Júbilo por el enemigo momentáneamente vencido.

Amargura. Esperanza...

Y pavor... Por encima de todo, pavor.

Los ojos de los hombres no eran más que pequeños agujeros. Nadie lo sabía mejor que los Maestros del Mandato. Todos sus libros, incluso sus escrituras, no eran más que pequeños agujeros. Y sin embargo, y como no podían ver lo que no puede verse, asumían que lo veían todo, confundían los agujeros con el cielo.

Pero Kellhus era algo distinto. El camino. Una poderosa puerta.

«Ha venido a salvarnos. Eso es lo que debo recordar. ¡Debo aferrarme a ello!»

El Capitán-Escudo y Achamian pasaron frente a una fila de guardias imperturbables, vestidos igualmente con capas bordadas con la marca oro de los Cien Pilares. Sobre la larga curva del colmillo habían dispuesto una hilera de barrotes verticales. Cruzaron unas magníficas puertas de caoba y accedieron al pórtico de un patio mucho más grande. El aire estaba impregnado del olor de las flores.

Más allá de las columnatas, había un huerto inmóvil, sumergido en la luz del sol. Los árboles —alguna clase de manzano exótico, dedujo Achamian— parecían negros bajo las constelaciones de vistosas flores repletas de pétalos, cada uno de los cuales parecía una cuenta impregnada de sangre. En distintos puntos del huerto, grandes centinelas de piedra —dólmenes— se alzaban entre las hileras de vegetación. Oscuros e impasibles, más antiguos que Kyraneas o incluso que Shigek, eran probablemente los restos de un círculo derribado tiempo atrás.

Achamian miró al capitán Heörsa con ojos interrogantes, pero no vio nada más que un movimiento entre la espesura de hojas y flores. Se volvió y allí estaba ella, paseando bajo las ramas junto a Kellhus.

Esmenet.

Estaba hablando, aunque Achamian sólo oía el recuerdo de su voz. Tenía la mirada gacha, observaba pensativamente el suelo cubierto de pétalos mientras pasaba bajo sus pequeños pies. Sonrió de forma atribulada y descorazonadora al mismo tiempo, como si respondiese a propuestas burlonas con concesiones amorosas.

Achamian se dio cuenta de que era la primera vez que los veía juntos. Ella parecía de otro mundo, segura de sí misma, esbelta bajo las finas líneas de su



capa kianene –destinada en principio, Achamian no tenía ninguna duda, a alguna de las concubinas del difunto Padirajah–, elegante, de rostro y ojos oscuros, con el pelo destellante como la obsidiana sobresaliendo del tocado de su cabeza: una emperatriz nilnameshi del brazo de un Gran Rey kûniürico. Y llevando un Choraë –¡una baratija!– alrededor de la garganta. Una Lágrima de Dios, más negra que el negro.

Era Esmenet, y sin embargo no lo era. La mujer de vida alegre se había desvanecido, y lo que quedaba de ella era mejor, mucho mejor que cuando había estado a su lado. Estaba resplandeciente.

Redimida.

«La anulé –comprendió–. Yo era humo y él es... un espejo.»

Al ver a su Profeta, el capitán Heörsa se arrodilló y bajó la cara hasta el suelo. Achamian le imitó, pero sobre todo porque las piernas se negaban a sostenerle.

«Así pues, ¿qué será la próxima vez que muera? –le había preguntado a ella la noche en que le dejó destrozado–. ¿En las Cumbres Andiamine?»

¡Qué estúpido había sido!

Parpadeó y tragó saliva, tratando de amortiguar la punzada que sentía en el velo del paladar. Durante un momento, el mundo le pareció un libro de cuentas fraudulento, con todo aquello a lo que había renunciado –¡y había renunciado a tanto!– en su haber contra una sola cosa en el debe. ¿Por qué no podía tener esa única cosa?

Porque lo estropearía, de la misma forma que lo había estropeado todo.

«Llevo a su hijo.»

Durante un brevísimo instante, los ojos de ella se encontraron con los de él. Ella levantó una mano vacilante para bajarla a continuación, como si recordara nuevas lealtades. Se volvió para besar la mejilla de Kellhus y se fue apresuradamente, con los ojos aparentemente cerrados y los labios apretados.

Era la primera vez que los veía juntos.

«¿Qué será la próxima vez que muera?»

Kellhus permaneció delante de uno de los manzanos, mirándole con una discreta expectación. Vestía una túnica de seda blanca adornada con brocados de motivos arbóreos. Como siempre, la empuñadura de su extraña espada sobresalía por encima de su hombro izquierdo. Como Esmenet, llevaba una baratija en la garganta, aunque la mantenía oculta.

–No quiero que te arrodilles en mi presencia nunca –dijo Kellhus señalándole con la mano que se acercase–. Eres mi amigo y siempre lo serás.





Mientras le escuchaba, Achamian miró a las sombras en las que había desaparecido Esmenet.

«¿Cómo hemos llegado hasta aquí?»

Kellhus era poco más que un mendigo cuando Achamian le vio por primera vez, un curioso accesorio del scylvendio al que Proyas esperaba utilizar en su contienda con el Emperador. Pero incluso entonces había habido algo, le parecía ahora a Achamian, un vislumbre de aquel momento en estado embrionario. Se preguntaban por qué iba un scylvendio —y además de sangre utemot, nada menos— a buscar una ocupación en una Guerra Santa inrithi.

«Yo soy el motivo», había dicho Kellhus.

La revelación de su nombre, Anasûrimbor, fue sólo el principio.

Achamian cruzó la distancia que los separaba sintiéndose extrañamente intimidado por Kellhus. ¿Había sido siempre tan alto? Sonriendo, Kellhus le guió graciosamente por un espacio entre los árboles. Uno de los dólmenes ennegrecía el sol. El zumbido de las abejas llenaba el aire.

—¿Cómo está Xinemus? —dijo.

Achamian frunció los labios y tragó saliva. Por algún motivo, la pregunta le puso al borde de las lágrimas.

—E-estoy... preocupado por él.

—Debes traerlo, y pronto. Echo de menos las comidas y las discusiones bajo las estrellas. Echo de menos el fuego calentando mis pies.

Sin percatarse, Achamian se encontró caminando junto a él al mismo ritmo que antes.

—Tus piernas siempre fueron demasiado largas.

Kellhus rió. Parecía resplandecer alrededor del agujero del Choraë.

—Al igual que tus opiniones.

Achamian sonrió, aunque le llamaron la atención los verdugones que Kellhus tenía alrededor de las muñecas. Por primera vez advirtió las magulladuras en su cara. Los cortes.

«Le torturaron... Mataron a Serwë.»

—Sí —dijo Kellhus, extendiendo con arrepentimiento las manos. Casi parecía avergonzado—. Ojalá todo cicatrizase tan rápidamente.

Aquellas palabras encontraron la rabia de Achamian.

—Viste al Consulto durante todo el tiempo, ¡durante todo el tiempo!, y sin embargo no me dijiste nada. ¿Por qué?

«¿Por qué Esmenet?»

Kellhus arqueó las cejas y suspiró.





—No era el momento adecuado. Pero ahora ya lo sabes.

—¿De verdad?

Kellhus sonrió al tiempo que fruncía los labios, como apenado y desconcertado al mismo tiempo.

—Ahora, tú y tu Escuela debéis apostar; mientras que antes simplemente te habrías apoderado de mí. Te oculté lo de los espías-piel por la misma razón que tú me ocultaste lo de los Maestros del Mandato.

«Pero tú ya lo sabías», repitieron sus ojos.

Achamian no encontró respuesta.

—Se lo has dicho —continuó Kellhus reanudando el paseo entre la vegetación.

—Se lo he dicho.

—¿Y aceptan tu versión?

—¿Qué versión?

—La de que soy algo más que una señal del Segundo Apocalipsis.

«Más.» Su cuerpo y su alma se estremecieron.

—Creen que es poco probable.

—Imagino que no debió de resultarte fácil describirme... hacerles comprender.

Achamian le miró fijamente durante un momento; después volvió la vista hacia sus pies.

—Así pues —continuó Kellhus—, ¿qué instrucciones tienes por el momento?

—Simular darte la Gnosis. Les dije que de no ser así recurrirías a los Chápiteles. Y asegurarme de que —Achamian se detuvo, pasándose la lengua por los labios—... de que no te ocurra nada.

Kellhus sonrió y frunció el entrecejo como Xinemus antes de su ceguera.

—¿Vas a ser mi guardaespaldas?

—Tienen sus motivos para preocuparse, igual que tú. Piensa en la catástrofe que has causado. Durante siglos, el Consulto se ha ocultado en la inmensidad de los Tres Mares, mientras nosotros éramos poco más que el hazmerreír de los demás. Podían actuar con impunidad. Pero ahora, esa inmensidad no existe. Harán cualquier cosa para recuperar lo que han perdido. Cualquier cosa.

—Ha habido otros asesinos.

—Pero eso fue antes. Es mucho lo que hay en juego ahora. Puede que esos espías-piel actúen por su cuenta. O que alguien... les dirija.



Kellhus pensó por un momento.

—Temes que uno de los Consultos esté directamente implicado... que un Viejo Nombre ensombrezca la Guerra Santa.

Achamian asintió.

—Sí.

Kellhus no respondió en seguida, al menos no con palabras. En vez de hacerlo, todo en él —su actitud, su expresión, incluso la fijeza de su mirada— se agudizó antes de preguntarle:

—La Gnosis —dijo finalmente—. ¿Vas a dármela, Akka?

«Lo sabe. Conoce la fuerza que ejerce.» De alguna manera, en algún lugar de su alma, pareció que la tierra se hundiese.

—Si me lo exiges... aunque yo... —Miró a Kellhus, sabedor de que éste sabía lo que él iba a decir. Parecía que aquellos ojos azules intuyesen cualquier cosa que Achamian pensase o fuese a decir. «Nada le sorprende.»

—Sí —dijo Kellhus con un tono taciturno—. Una vez haya aceptado la Gnosis dejaré de estar bajo la protección del Chora.

—Exactamente.

Al principio, Kellhus sólo poseería las vulnerabilidades de un hechicero, pero no de sus poderes. La Gnosis, lejos de la Anagogis, era una hechicería analítica y sistemática. Incluso los cantos más primitivos necesitaban precursores, componentes que maldecían pese a ser inertes.

—Razón por la que tienes que protegerme —concluyó Kellhus—. A partir de ahora serás mi Visir. Residirás aquí, en el palacio de Fama, y estarás a mi disposición.

Palabras pronunciadas con la autoridad de un edicto Shriah, pero infundidas con tal convicción de seguridad, con tal inevitabilidad, que decían, más que exigir, que la docilidad de Achamian era un hecho evidente y antiguo.

Kellhus no esperó su respuesta. No era necesaria.

—¿Puedes protegerme, Akka?

Achamian parpadeó, intentando digerir lo que acababa de suceder. «Residirás aquí...»

«Con ella.»

—¿D-de un Viejo Nombre? —farfulló—. No estoy seguro.

¿De dónde procedía aquel júbilo traicionero? «¡Se lo demostrarás! ¡Te la ganarás!»

—No —dijo Kellhus sin alterarse—. De ti mismo.



Achamian fijó la mirada y vislumbró a Nautzera bajo el tacto incandescente de Mekeritrig.

—Si yo no puedo —dijo con voz que parecía un gemido—, Seswatha puede.

Kellhus asintió. Indicándole a Achamian que le siguiera, se volvió abruptamente separando ramas entrelazadas y cruzando hileras de plantas. Achamian se apresuró tras él, apartando con la mano las abejas y los pétalos que revoloteaban. Tres setos más allá, Kellhus se detuvo en un claro entre dos árboles.

Achamian se quedó boquiabierto, horrorizado.

El manzano que se encontraba ante Kellhus estaba desprovisto de su tejido de flores y consistía solamente en el nudoso tronco y tres ramas curvadas como las manos en movimiento de un bailarín. Encadenado a él había un espía-piel desnudo. Su postura —un brazo doblado hacia atrás, el otro hacia adelante— le recordó a Achamian la de un lanzador de jabalina. Tenía la cabeza colgada entre los hombros caídos. Los largos y femeninos dedos de su cara descansaban sobre su pecho. El sol caía sobre su cuerpo arrojando sombras inescrutables.

—El árbol estaba muerto —dijo Kellhus a modo de explicación.

—¿Qué...? —empezó a decir Achamian con la voz débil. Se interrumpió cuando la criatura se agitó y alzó el caos de su mirada. Los dedos agarraron lentamente el aire como un cangrejo que se asfixia. Sus ojos sin párpados les miraban con un terror perpetuo.

»¿Qué has conseguido saber? —acertó a preguntar Achamian.

La abominación masculló entre los dientes sin labios.

—Ahh —dijo con un largo jadeo—. *Chigraaa...*

—Les dirigen —dijo Kellhus en voz baja.

«Las tribulaciones se acercan, Chigraaa. Nos has encontrado demasiado tarde.»

—¿Quién? —exclamó Achamian mirándole fijamente, con las manos cogidas ante sí—. ¿Sabes quién?

El Profeta Guerrero negó con la cabeza.

—Están bien preparados, muy bien. Harían falta meses de interrogatorios o quizá más.

Achamian asintió. Sabía que con el tiempo suficiente, Kellhus podría vaciar a aquella criatura, hacerla suya como parecía que suyo fuese todo lo demás. Era más que persuasivo, más que meticuloso. Incluso la rapidez de





aquel descubrimiento –arrancado, nada menos, de una criatura preparada para engañar– demostraba su... inevitabilidad.

«Él no comete errores.»

Durante un instante aturdido, una voluptuosa rabia se apoderó de Achamian. Todos aquellos años –¡siglos!– durante los que el Consulto había jugado con ellos como si fueran idiotas. ¡Pero ahora, ahora! ¿Lo sabían? ¿Podían percibir el peligro que aquel hombre representaba? ¿O lo menospreciarían como habían hecho los demás?

Como Esmenet.

Achamian tragó saliva.

–En cualquier caso, Kellhus, tienes que rodearte de arqueros Choraes. Tienes que evitar grandes edificios y lugares en los que...

–Veo que te inquieta –le interrumpió Kellhus– ver a estas cosas.

La brisa había caído sobre el bosquecillo e incontables pétalos revoloteaban en el aire como movidos por una fuerza invisible. Achamian vio cómo se posaba uno sobre el pubis del espía-piel.

¿Por qué atar a aquella criatura allí, en medio de aquella paz y aquella belleza, como un cáncer en la piel de una joven muchacha? ¿Por qué? Parecía la acción de alguien que no sabía nada de la belleza... nada.

Engarzó su mirada con la de Kellhus.

–Es cierto, no me gusta.

–¿Y tu odio?

Durante un instante pareció que todo –aquello que era y aquello en lo que se convertiría– deseaba amar a aquel hombre divino. ¿Cómo podía ser de otra manera ante la paz que irradiaba su sola presencia? Y sin embargo, la imagen de Esmenet se aferraba a él. Vislumbres de su pasión...

–Sigue en mí.

Como si aquella respuesta le hubiese provocado, la criatura empezó a dar sacudidas y a revolverse contra los grilletes. Los abultados músculos se tensaban bajo la piel quemada por el sol. Los eslabones de las cadenas entrechocaban y chirriaban. Achamian retrocedió, recordando el horror de Skeaös bajo las Cumbres Andiamine. La noche en que Conphas le había salvado.

Kellhus ignoró a la criatura y continuó hablando.

–Todos los hombres se rinden, Akka, incluso cuando pretenden dominar. Lo natural en ellos es rendirse. La duda no es si se rendirán, si no a quién...

«Tu corazón, Chigraaa... Lo convertiré en mi manzana...»





–N-no lo entiendo.

Achamian apartó la mirada de la abominación y la posó sobre los ojos de Kellhus, azules como el cielo.

–Algunos, como tantos Hombres del Colmillo, sólo se rinden realmente ante Dios. Él preserva su orgullo. Se arrodillan ante lo que nunca se ha dicho ni visto. Pueden humillarse ante él sin temer la degradación.

«Me comeré...»

Achamian alzó una mano insegura contra el sol para ver mejor la cara del Profeta Guerrero.

–Uno –estaba diciendo Kellhus– sólo puede ser probado por Dios, pero nunca degradado por él.

–Has dicho «algunos» –acertó a decir Achamian–. ¿Y los demás?

Vio en un extremo de su campo visual que la cara de la cosa se contraía como si lo hiciera entre puños entrelazados.

–Son como tú, Akka. No se rinden a Dios, sino a alguien como ellos. Un hombre. Una mujer. No hay orgullo que preservar cuando uno se rinde a otro. Peca, y la fórmula desaparece. Y el miedo a la degradación está siempre presente, aunque no se crea en él. Los amantes se hieren mutuamente, se humillan o se insultan, pero nunca ponen a prueba al otro, Akka, si de verdad se quieren.

La criatura se revolvió ahora, como algo sujeto por un puño invisible. De repente, las abejas parecían zumbiar junto al lado equivocado de su cráneo.

–¿Por qué me dices esto?

–Porque una parte de ti se aferra a la esperanza de que ella te ponga a prueba. –Durante un momento enloquecido, pareció que fuera Inrau quien le observaba, o Proyas de niño, con los ojos implorantes y muy abiertos–. Y no lo hace.

Achamian parpadeó estupefacto.

–¿Qué estás diciendo? ¿Que ella me degrada? ¿Que tú me degradas?

Una sucesión de gruñidos, como de bestias apareándose. Chirridos y roces producidos por el acero.

–Estoy diciendo que todavía te ama. En cuanto a mí, tomé únicamente lo que se me dio.

–¡Entonces devuélvemelo! –le espetó Achamian con ferocidad. Tembló. El aire pugnaba por salir de su garganta.

–Estás olvidando, Akka, que el amor es como el sueño. El amor no se puede arrebatar, no se puede forzar.



Aquellas palabras eran suyas; las había pronunciado aquella primera noche junto al fuego, con Kellhus y Serwë, bajo Momemn. En un instante, Achamian recordó aquella noche en que tuvo la sensación de haber descubierto algo espantoso e ineluctable al mismo tiempo. Aquellos ojos como piedras preciosas mirando a través de las llamas, los mismos ojos que le observaban ahora... aunque entre ellos ardiera un fuego distinto.

La abominación aulló:

–Hubo un tiempo –continuó Kellhus– en el que estabas perdido. –Su voz sonaba con un estruendo inaudible–. Hubo un tiempo en el que pensabas para ti mismo: «No hay significado, sólo amor. No hay mundo...».

Achamian se oyó a sí mismo susurrando.

–Sólo ella.

Esmenet. La puta de Sumna.

Incluso ahora, el asesinato observaba desde las cuencas de sus ojos. No podía parpadear sin verlos juntos, sin vislumbrar la dicha en los ojos de ella, sin ver su boca abierta, ni el pecho de él, arqueado hacia atrás, brillante por el sudor de ella... Sólo tenía que hablar, sabía Achamian, y todo se habría acabado. Sólo tenía que cantar y el mundo ardería.

–Ni yo ni Esmenet podemos reparar tu sufrimiento, Akka. Tu degradación es sólo tuya.

¡Aquellos ojos codiciosos! Algo en el interior de Achamian hacía que se acobardase ante ellos, que le suplicase que alzase sus brazos. «¡No debe verlo!»

–¿Qué estás diciendo? –gritó Achamian.

Kellhus se había convertido en una sombra bajo el ardiente sol. De nuevo se volvió hacia la obscenidad que se retorció sujeta al árbol, cuya cara trataba de aferrarse al sol y al cielo.

–Esto, Akka... –Había perplejidad en sus palabras, como si se las ofreciese a un pergamino, para que Achamian las reescribiera como desease–. Esto es tu prueba.

«¡Te desollaré! –aullaba la criatura–. ¡Te arrancaré la piel!»

–Tú, Drusas Achamian, eres un Maestro del Mandato.

Cuando Kellhus le hubo dejado, Achamian se dirigió arrastrando los pies hacia uno de los enormes dólmenes, se apoyó en él y vomitó sobre la hierba que rodeaba su base. Después escapó entre los árboles en flor, pasando por delante de los guardias del pórtico. Encontró una especie de vestíbulo con pilares en el que vio un hueco vacío entre la pared y una columna. Sin pen-



sarlo se arrastró hasta él. Se abrazó las rodillas, después los hombros, pero no encontró sensación de cobijo.

No había nada escondido. Nada oculto. «¡Creían que estaba muerto! ¿Cómo podrían saberlo?»

«Pero ¿él es un profeta...? ¿Verdad?»

«¿Cómo podía él no saberlo? ¿Cómo...?»

Achamian rió y miró con ojos estúpidos las borrosas geometrías pintadas en el techo. Se pasó la palma de la mano por la frente y los dedos a través del pelo. El espía-piel continuaba retorciéndose y gritando en un extremo de su campo visual.

—Año Uno —susurró.

